

La colección UN LIBRO POR CENTAVOS, iniciativa del Departamento de Extensión Cultural de la Facultad de Comunicación Social-Periodismo, junto con el Departamento de Publicaciones de la Universidad Externado de Colombia, persigue la amplia divulgación de los poetas más reconocidos en el ámbito nacional e internacional y la promoción de los nuevos valores colombianos del género, en ediciones bellas y económicas, que se distribuye como obsequio para los suscriptores de la revista *El Malpensante*.

Este número 24 es una antología de la obra poética de LUCÍA ESTRADA realizada por ella para esta colección.



N.º 24

LUCÍA ESTRADA

EL OJO DE CIRCE

POEMAS ESCOGIDOS 1995-2005

UNIVERSIDAD EXTERNADO DE COLOMBIA

FACULTAD DE COMUNICACIÓN SOCIAL-PERIODISMO

2006

ISBN 958-710-

© LUCÍA ESTRADA, 2006

© UNIVERSIDAD EXTERNADO DE COLOMBIA, 2006

Derechos exclusivos de publicación y distribución de la obra

Calle 12 n.º 1-17 este, Bogotá, Colombia. Fax 342 4948

www.librosuexternado.com

Primera edición: octubre de 2006

Ilustración de cubierta: *Sin título*, grabado al linóleo, 17 x 34 cm.,
por ANTONIO SAMUDIO, 2003

Diseño de carátula y composición: Depto. de Publicaciones
Fotomecánica, impresión y encuadernación: PANAMERICANA,
formas e impresos S. A., con un tiraje de 12.000 ejemplares

Impreso en Colombia

Printed in Colombia

UNIVERSIDAD EXTERNADO DE COLOMBIA

Fernando Hinestrosa
Rector

Hernando Parra
Secretario General

Miguel Méndez Camacho
Decano de la Facultad de Comunicación Social-Periodismo

Clara Mercedes Arango
Directora de Extensión Cultural

a Samuel Vásquez

CONTENIDO

I

FUEGOS NOCTURNOS (1995-1997)

Qué	13
El círculo del poema	14
Éxodo	15
La mano de la fortuna	16
Número	17

II

NOCHE LÍQUIDA (1998-2000)

III

MAIASTRA (2003-2004)

XXI	31
XXX	32
XXXII	33
XXXIII	34
XXXIX	35
XL	36
LVII	38

IV

LAS HIJAS DEL ESPINO (2004-2005)

Yocasta	41
Circe	42
Djuna	43
Alma malher	44
Crescence Eugénie Murat	46
Cosima Wagner	48
June Miller	50
Mary Shelley	52
Clara Westhoff	54
Natalia Gontcharova	56
Zelda Sayre	58
María Dmitrievna Isaiev	60
Anne Ponsarde	63
Rose Beuret	65
Camille Claudel	67
EL AUTOR	70

I
FUEGOS NOCTURNOS
(1995-1997)

Una noche para gestar otro sol
EDMOND JABÈS

QUÉ

A qué secreto del alba
me entrego.

A qué mundo,
a qué memoria,
a qué olvido.

Sólo el tiempo
dirá la última palabra,
vertiginoso Señor de los días
al que fueron confiadas mi vida
y las rosas.

EL CÍRCULO DEL POEMA

Cada poema abre otro silencio,
recorre las estancias últimas
de la palabra
para volver al todo.

Se precipita en el vacío
después de circular
de mano en mano,
de labio en labio
hasta que no queda ningún vestigio
de la sangre que acuñó su moneda.

Cada poema
un desafío al ojo atento
en el instante justo
de la caída.

ÉXODO

Aquello que no ha sido tuyo, la palabra que pudo ser y escapó del poema, la mirada vuelta hacia el muro que te separa de la otra orilla, el gesto efímero, las visiones suspendidas en el vacío bajo un sol de mercurio, es lo que ahora llevas contigo en la huída: tu equipaje.

Tras la nube de fuego, en el polvo, volverás a tu centro.

LA MANO DE LA FORTUNA

Sobre tu mano derecha
reposan las estaciones.

En ella renovamos
la edad del oro y la tormenta,
pero también se establece
un mundo irredimible,
una generación de gritos de guerra
y golpes metálicos.

Considera cuántos venimos
a sentarnos a tu mesa.

Ofrécenos tu rostro lunar
y un pequeño animal sagrado.

Que a una señal de tus dedos
se levanten nuestras torres.

Acógenos en tu mano izquierda.

NÚMERO

Hay un número en cada calle,
en cada cuerpo, en cada nombre,
pero no aquel que señale
la distancia que me separa
de los umbrales del misterio,
la cantidad de palabras necesarias
para que se abran por fin sus puertas;
no el que me indique
cuánto tardaré en recorrer
los pasillos de la tarde;
cuál el camino que conduce
al centro de la fiesta;
a qué hora sabré el secreto del jardín,
la edad azul del sueño,
la extensión de luz
que me corresponde.

II
NOCHE LÍQUIDA
(1998-2000)

*Y la noche temblando con todas sus ramas
se arrodilla ante el abismo
me cubre helada como una lágrima
y caemos por la misma pendiente
cómplices.*

GLORIA GERVITZ

Reinvento la noche,
reinvento su halo definitivo
sobre las cosas,
su constante oscilación entre los nombres,
su devenir de lámpara.

Reinvento cada una de sus señales,
el círculo que describe en la raíz del sueño,
la página que nos presenta
para trazar el puente interminable
de las horas.

Reinvento la noche,
y con ella,
la grafía inconclusa de los cuerpos.

El árbol de la noche crece
en un extremo del jardín.
Yo cuido sus raíces,
podo una por una sus ramas
y escojo paciente los frutos.

La noche cava la tierra
hasta encontrar la flor oscura
que la sostiene.

Noche para sí,
noche a través de la noche.

En ella confluyen las voces
de aquellos que giran
y son más que vértigo.

¿Qué ven desde allí?
¿A qué lugar se sujetan?

Oscuro el hilo,
la soga que los sostiene
como pedazos de eternidad.

La savia bulle en la boca del ahorcado,
y se abre en lo profundo
el tronco antiguo de la noche.

Quien sabe lo que pierde
en la desesperanza,
sabe
que no pertenece a ningún lugar,
que nadie saldrá a su encuentro.

Luego va sin prisa,
mirándolo todo detenidamente.

Para él
no es preciso
llegar.

Hablamos de la muerte

¿dónde hemos aprendido
ese lenguaje?

*Todo hará su camino
en la noche inconclusa.*

LÊDO IVO

De este lado un puente, y al fondo,
esa vieja sombra resistiendo la sangre.

¿Qué hago en el sueño?

Nada podría sujetarnos mejor
que el vértigo helado de esta hora.
Ninguno como el animal que vigila
cuando se levanta frente a nosotros
el río de la noche.

El tiempo socava las ciudades,
divide los puentes
y confirma que estamos solos.

Un hombre agita su mano
roída por la tempestad.
Vuelve de una cacería peligrosa.
¿Qué palabra podría aliviar
las manos puestas al fuego
como prueba de existencia?
¿Qué palabra podría ayudarle
para decir que los árboles
se congelan en la semilla,
árboles arrancados del vientre
de la madrugada?

Debo cruzar el puente.

Antiguo el territorio
donde se multiplican nuestras manos,
raíces incrustadas
en la permanencia.

Antiguo el lugar de los nombres,
el árbol donde se agita más dulce
la savia.

Antiguo el instante en que avanzan
las caravanas del sueño.

Antigua la mano que describe
sus círculos de luz,
la mano que sin quererlo
también los traiciona.

III
MAIASTRA
(2003-2004)

*...Sepultado de un tajo en lo más hondo de la selva nocturna,
debajo de unas aguas que se entreabren al soplo del amor
y se cierran de golpe al roce de la piedra,
así estás, como un pájaro en exilio, en la jaula del pecho...*

OLGA OROZCO

XXI

Entro en la fiebre. Desde mi ventana veo el nacimiento de los mares, colinas que la espuma reviste, novias muertas, sumergidas. Temo ser encontrada con esa visión, que descubran mi deseo de correr tras una legión de ahogados. El cuerpo se precipita, resplandece. Soy una con el todo; los pies me liberan del camino. Convulsa la espada, el oro del estanque. La llama va en ascenso, corta el hilo de la resistencia. Hay una mano perdida para la escritura, otra que la rescata. No la teje, sólo cuida de la verticalidad del sueño. No paro de caer. Mira esta lluvia malva: ha encontrado otro linaje, un anticipo místico, un animal de fondo que se recuerda y nos recuerda.

Es el frío, la exaltación, la mano que te abre, y el goce.

No sueltes la flor.

XXX

Avanzo entre la escarcha. Del suelo crecen agujas, las aparto. El camino cada vez más difícil. La vegetación bien puede aplazar el momento de crearse a sí misma. Aprendo entonces de las arañas. Sujetarse al propio vértigo entre las puntas de mercurio. Una mujer rompe el paisaje.

Desde la ventana hace ondear un viento rojo, ella misma salta, ella misma envuelve la visión como tela que han de zurcir las agujas. Huyo para que no me alcance su atmósfera, segura de que al cruzar uno solo de sus puentes estaré siempre de vuelta.

XXXII

Entra en el cuarto. Mi nacimiento la trajo consigo, su corona de cuervos, su gran estatura. Unce mis ojos a la pesadilla, siglos a la ceremonia del bosque lunar que se cumple al cierre de sus puertas. Su sola presencia es mi arcano. Ella canta un lago sin fondo, y en el canto, la casa se construye bajo el espino. Oscuridad que ha de abrirse.

XXXIII

Redimir la noche, mezclar su escritura y comprender. No es posible huir luego de haber iniciado la cacería mayor, brazos y ojos señalados por el fuego de la búsqueda. El dedo que fijó la página, el agua que vemos resplandecer en el poema. Todavía, ese leve gesto se repite. La luna del comienzo no declina ni se oculta.

Un instante: se descifra el movimiento de la llama.

Otro: el humo que asciende.

Ahora se prueba el fluir de la sangre, un círculo de correspondencias.

El silencio explora su laberinto. La estela de ese otro sol se mantiene. El rito de la noche no termina. Viejos hombres deambulan hoy bajo su antorcha.

XXXIX

Un silencio seco rodea la palabra. Todo termina y todo vuelve a comenzar. Son estos los minutos por venir, ya en la memoria. Un tiempo pasado y un tiempo futuro reunidos. Un tiempo dentro del tiempo. Y así como el coloso inmóvil, sus pies en ambas orillas, la palabra se abrirá al paso de las olas, y el arriba y el abajo, el mar golpeará con fuerza.

En este vuelo del dragón a la serpiente, agua, no aire tibio. Habitantes de hondos sonidos, lentas sílabas sumergidas, vendrá un segundo en que las aguas se retiren, y la palabra seque sus maderas hasta convertirlas otra vez en fuego.

XL

Escucho música lejana, como de palabras que van a decirse, las últimas de una lengua en extinción. El aire trae sus capillas, recintos aislados, semillas de luz en el espacio negro. Dentro de sus cristales, robustas plantas tejen un canto silencioso: habla de dioses perdidos, de aves fabulosas, seres vegetales, edénicos, a la búsqueda de un tiempo semejante al vacío. Van a decirse, van a fluir en ausencia de bocas, todas las palabras, las del principio, las de la muerte; van a recorrer lo inmóvil, lo consumado, abrirán la tierra, separarán las aguas, río contra río, el fuego será rodeado, barrerán nuestros huesos que ocultan el primer jardín, derribarán los sarcófagos del oído y la lengua, y todavía ese viaje sería el inicio.

Reinas de sí mismas, las palabras, somos apenas su tránsito misterioso, no la región que las espera.

LVI

Separo por un momento el agua del pozo: no quiero más su reflejo, su caravana espectral. Al fondo, una legión de aves desconocidas inicia el canto de las formas que no se repiten, y quieren enseñármelo, liberarme de mí en la espiral que conduce al propio abandono. A lado y lado están los seres reunidos en sabias jerarquías. Van quedándose con mi cuerpo: primero un pie, después los brazos, la cabeza y el cuello en la vasija de los más jóvenes, y el lugar del corazón, el centro, bajo la corona del águila. Al buitre reservan mi vientre. Hay en esa labor de condena una música que debo conocer.

Seré pájaro como ellos, mitad vacío, mitad intemperie, mas, en mí, también serán los otros.

Pregunto el nombre de esta unión, de la gran sinfonía que comienza y vuelve a comenzar, y como respuesta, el agua se arquea sobre el pozo, clara, brillante, más allá de mi deseo, y me permite, nos permite cruzar.

LVII

Soy llevada a un lugar secreto. La niebla me cubre para no delatar el paisaje. Quieren prolongarlo, quieren ver mi asombro frente al límite de la oruga, que la tejedora de pájaros me haga parte de su red, y entonces sí, desafiarme, pedirme que construya un imperio mayor. Me quieren muda. Saben que todo está, que sólo debo plantar mi cabeza entre el follaje, aprender el orden natural de las superficies y desatarlas, dejándolas huir hacia el fondo como mágicos caballos. Me quieren sin error en su batalla contra nadie, me quieren su quietud.

Han puesto mi escritura bajo el agua, ríen de su fragilidad y trazan nuevos signos, invisibles palabras sin tiempo. Me quieren otro lenguaje, un oficio anterior a mi nombre.

Cruzo, pues, el último espejo y entrego mis manos a lo imposible.

IV
LAS HIJAS DEL ESPINO
(2004-2005)

¿En todas las mujeres que han mirado aquí y allá con lámparas como tú deslizándose sobre pies ligeros, andando como mil ratones por aquí y por allá, ora deprisa, ora despacio, unas parándose detrás de las puertas, otras tratando de encontrar las escaleras, todas buscando o dejando su cebo en una rendija, en un sofá, en el suelo, detrás de un armario; y en todas las ventanas grandes y pequeñas desde las que el amor y el miedo han atisbado relucientes y con lágrimas?...

DJUNA BARNES

YOCASTA

Si preguntaras
a la Piedra
respondería con tu nombre:

el propio corazón
es el oráculo.

CIRCE

Es la sombra
 lo que retengo
la belleza de alejarse
 cada vez más
el infortunio de haber visto
 muchas islas
muchos mares
como a través
 de un espejo roto
la muerte que representas
el número de animales muertos
 que representas
negro polvo que tus pies
han traído
hasta mi casa.

DJUNA

Pregunto por el sueño

 y en respuesta
lentos animales
de la noche
 rodean mi casa.

ALMA MALHER

Yo también lo prefiero.

Es más bella la mano
al pulsar una cuerda invisible.

Cuando duermes,
reaparecen las tres mil sombras de tus dedos
tejiendo filigranas
en el oscuro cuello del dragón.

Te miro inquieta
sin atreverme a respirar.

Es la hora más alta
del doble vuelo nocturno.

Escribo en la seda de tus párpados
mi temor de perderle,
de que huya como gato por los techos,
de que salte y reviente la cuerda
de todas las campanas del mundo,
de que se despeñe con el sonido metálico
de un arcángel
en el centro mismo de la orquesta.

Yo también lo prefiero
cóncavo y oscuro.

La clave blanca y negra
de todo cuanto existe
se advierte
en su sinfonía de agujas.

CRESCENCE EUGÉNIE MURAT

Nada se revela más oculto
que lo cercano,
aquello que miras sin mirar,
las palabras dichas
desde siempre,
los trazos de una caligrafía
abierta,
el corazón que hiende la espada
y que se ofrece
a quien no pronunció su nombre
desde antiguo.

Si descubriera una sola
de mis manos
¿descifrarías las líneas
del misterio?
¿sabrías que toda búsqueda
tiene su lámpara,
todo camino su límite,
toda sabiduría
su árbol de inocencia?

COSIMA WAGNER

Ofreceré mis ojos
al paso de la yegua nocturna,
ofreceré mi fiebre,
el arco de la medianoche;
porque tú estás al fondo,
porque es tu imagen
la que se oculta bajo el yelmo.

Una danza mortal
en el vientre blanco
de los sonidos que se cruzan.

Somos ángeles enraizados
allí donde nadie sueña.

La casa está vacía
y el oído.
Puedes entrar a galope
en el reino de los timbales
y las flautas.

Puedo morir
para que la música
siga en ascenso.

JUNE MILLER

Mis gestos se complacen en la máscara,
en el viento feroz de no ser para nadie.

Me adorna el amor que no siento
como Salomé con todas sus joyas
y extraños perfumes.

Simulé olvidarme
frente a un mundo de puertas cerradas.
Reí tantas veces y deliré
bajo la transida Nínive,
acantilado de ovejas y verdugos.
Pero luego, sí, pero luego, estatuilla lunar,
mi cabeza fue arrancada
por la cruel guillotina del desamparo.

“La flor está en mis ojos”, dicen las bellas mujeres,
y el veneno circular en la punta de los dedos
siempre enrojecidos por el peso de la savia,
fruto ambulante,
corteza, fisura hiriente.

Vuelve, oh tú,
perfecta cuanto más alevosa,
fija con alfileres en mi mano
el nuevo destino.
Escribe, gitana,
que viajaré por vastas regiones,
que la tierra inundará mis pasos,
que la noche se hará boca de lobo
en la que pueda entrar y ser la torre imantada
que busca el rayo
desde lejos.

MARY SHELLEY

Vivir en la cercanía de todo,
en el temblor de las hojas,
en la herida viviente del destino.
Y acercarme,
y compartir el horror de sentirse
una materia blanda,
sin lenguaje,
un cuerpo desfigurado
por la excesiva prudencia de Dios.

El viento arrastra el vacío de los ojos,
la boca condenada,
el peso de la eternidad,
el pliegue de la vida vuelta en sentido contrario,
la resistencia de las rosas,
la estrella negra del nacimiento.

¿Por qué no gritas?
¿por qué no destruyes
los castillos de la culpa?
¿por qué no arremetes
contra mi espanto?

¿Por qué no eclipsas la visión?

Hay un lugar reservado para tu abandono.

No aguardes la venida
de lo inevitable.

CLARA WESTHOFF

Qué cercanas y distintas
las hojas de un mismo árbol.

Crece silenciosas
en la contemplación de sí,
de sus bordes,
en el trabajo minucioso del insecto
que las hiere.

Apenas unidas por un hilo de savia
a la corteza del mundo,
a su naturaleza vegetal.

El viento las obliga a inclinarse
sobre su propia sombra
y en el misterio único
de ser Sauce o Avellano,
se adhieren, se compenetran
sin perturbarse.

Así, recibirán a un tiempo
su gota de lluvia,
el beso ígneo del verano.

Caerán también bajo la misma luz,
rodearán como sílabas diversas
de un mismo alfabeto
la profundidad de las raíces,
la grieta oscura del tronco
que las vio levantarse
y permanecer.

NATALIA GONTCHAROVA

Opondré a tu belleza
la certidumbre de mi espanto,
a tu inmovilidad de cisne
la roja pulsión de la sangre
al borde de la pesadilla.

Tú, la más diestra cortesana
de los jardines prohibidos,
no podrías resistir
la verdad de mi abrazo
ni las agujas de la fatalidad
que hundo en aquellos que osan mirarme.

Nunca tendré tu rostro.

Levanté sobre su máscara
mi escritura de hueso
y ángeles terribles,
ahogué con ceniza
el camino de perfección
que habías trazado.

Tú no estabas en mí
como la primera serpiente.

Algo se detuvo
y siguió la senda contraria,
y crece lejos de ti
como una señal
en el ojo de la reina.

ZELDA SAYRE

Como no vendrás a la cena de mis muertos,
ni sabrás para quién cavo esta tumba,
pongo desde ya
bajo tu lengua,
la hostia viva de mis alucinaciones.

Cada quien tomó su camino,
de izquierda a derecha
el más profundo.

Cada quien siguió atado
a la cinta mortal de su locura.

Escribe para que no vuelvan,
que yo comeré y beberé, como Alicia,
el rojo resplandor de la fiesta,
mientras el mundo termina de cerrarse
sobre mí.

No te asombre
si nuestras palabras
no son las de antes,
si nuestro destino, tal como se construye,
nos golpea el rostro y nos hiere
y nos deja completamente ciegos.

¿Qué hacer cuando ellos nos empujan?

Esa legión de ángeles ebrios,
terribles como el rostro
que se refleja por última vez.

No tardes.
Ya nadie nos espera.

MARÍA DMITRIEVNA ISAIEV

Escucho el canto rojo de la tormenta
venir por las calles.

Es el crimen y la enfermedad
recorriendo las horas,
los minutos,
justamente sobre nuestra mesa.

Hoy he descubierto mi temor a la locura.
Hoy he comprendido el temblor
de tu mano al encender la lámpara.

Está entre nosotros
y tú lo sabes.
Su risa gotea en las paredes,
su respiración empaña el espejo
en el que sueles escribir
para conjurar el espanto.

Alguien más le sigue,
come con nosotros,
piensa en su miseria
y se compadece de mi silencio.
Su nombre danza como la serpiente,
se oculta tras la roca
que podría aplastarla,
pero confía su destino
a esas iniciales misteriosas
que nada pueden responderle.

Un demonio guarda su bastón tras la puerta.

Entro
e incluso en mí,
todo lo han robado.

¿Son estas las huellas de tus pies?

¿Eres tú quien me llama
o tu ángel de exterminio?

¿Son estas mis palabras o las de su abandono?

Dime que la furia
de los pasos allá afuera
no se dirige hacia nosotros.

Dime que no es a ti
a quien buscan, que antiguo
ese no era tu nombre.

Dime que antes de todo
cerrarás el libro
y con él
la pesadilla.

ANNE PONSARDE

La hiedra lo envolvió todo
lentamente,
como cae la penumbra
en los pasillos de un monasterio.

Sin ojos, ni oídos,
ni lengua,
mi razón fue acostumbrándose
al dominio de las arañas.

El círculo fue transformado,
su inmovilidad frente a la noche,
la bóveda de los días,
el crujir de los pergaminos,
la niebla.

Supé también
que nunca más vería su rostro.

Bajo la túnica,
el tiempo debió transcurrir
ferozmente.

Una constelación de huesos
acude al llamado
del ángel.

ROSE BEURET

El cuerpo inmóvil junto a la ventana,
el aire, roja vertical,
el vacío
y la mesa desnuda.

No piensas marcharte,
tampoco hay un lugar
a donde ir.

Una ceniza negra
se desprende del cielo,
una constelación de hormigas
que pronto acabará con los restos
de un desayuno infernal
que sólo tú comiste.

Alguien como tu sombra
se desprende de la ventana
y cae lentamente
hasta no ser advertida
por el viento.

CAMILLE CLAUDEL

Ella imaginó una cárcel,
la flor de locura
convertida en piedra.

Se reconoció en desventaja,
se afiló las manos,
el rostro,
el vacío
y los restos de su sombra
devorada por las hormigas.

En un viejo cuadro
de la estancia,
su figura
se disuelve.

Notas a *Las Hijas del Espino*

Yocasta: Madre de Edipo.

Circe: Hechicera, hija del Día y de la Noche. Retuvo a Ulises durante un año en la isla de Ea.

Djuna: (Djuna Barnes) Escritora norteamericana (1892-1982).

Alma Malher: Esposa del compositor Gustav Malher.

Crescence Eugènie Murat: Amante del poeta alemán Heinrich Heine.

Cósima Wagner: Esposa del compositor Richard Wagner.

June Miller: Esposa del escritor norteamericano Henry Miller.

Mary Shelley: Escritora inglesa del siglo XIX. Esposa del poeta Percy Shelley.

Clara Westhoff: Escultora y esposa del poeta R.M. Rilke.

Natalia Gontcharova: Pintora y escenógrafa rusa (1881-1962).

Zelda Zayre: Escritora norteamericana (1900-1948). Esposa del escritor F. Scott Fitzgerald.

Maria Dmitrievna Isaiev: Primera esposa del escritor Hedor Dostoievski.

Anne Ponsarde: Esposa de Nostradamus.

Rose Beuret: Esposa del escultor Auguste Rodin.

Camille Claudel: Alumna y amante de Rodin.

LUCÍA ESTRADA (Medellín, 1980). Ha publicado los libros de poesía *Fuegos Nocturnos* (Medellín, 1997); *Noche Líquida* (Colección del Ministerio de Cultura, San José de Costa Rica, 2000), *Maiastra* (Edit. El Tambor Arlequín. Medellín, 2004) y *Las Hijas del Espino* (Medellín, Cobalto Ediciones, 2006). Sus poemas han aparecido también en varias antologías y publicaciones del país y del exterior. Con su libro *Las Hijas del Espino* obtuvo el *Premio de Poesía Ciudad de Medellín* (2005).

Actualmente hace parte del comité editorial de la revista literaria *Alhucema*, Granada-España.

COLECCIÓN UN LIBRO POR CENTAVOS

1. *Postal de viaje*, Luz Mary Giraldo
2. *Puerto calcinado*, Andrea Cote
3. *Antología personal*, Fernando Charry Lara
4. *Amantes y Si mañana despierto*, Jorge Gaitán Durán
5. *Los poemas de la ofensa*, Jaime Jaramillo Escobar
6. *Antología*, María Mercedes Carranza
7. *Morada al sur*, Aurelio Arturo
8. *Ciudadano de la noche*, Juan Manuel Roca
9. *Antología*, Eduardo Cote Lamus
10. *Orillas como mares*, Martha L. Canfield
11. *Antología poética*, José Asunción Silva
12. *El presente recordado*, Álvaro Rodríguez Torres
13. *Antología*, León de Greiff
14. *Baladas - Pequeña Antología*, Mario Rivero
15. *Antología*, Jorge Isaacs
16. *Antología*, Héctor Rojas Herazo
17. *Palabras escuchadas en un café de barrio*, Rafael del Castillo
18. *Las cenizas del día*, David Bonells Rovira
19. *Botella papel*, Ramón Cote Baraibar
20. *Nadie en casa*, Piedad Bonnett
21. *Álbum de los adioses*, Federico Díaz-Granados
22. *Antología poética*, Luis Vidales
23. *Luz en lo alto*, Juan Felipe Robledo
24. *El ojo de Circe. Poemas escogidos 1995-2005*, Lucía Estrada



Editado por el Departamento de Publicaciones
de la Universidad Externado de Colombia
en octubre de 2006

Se compuso en caracteres Garamond de 10 puntos
y se imprimió sobre papel periódico de 48.8 gramos,
con un tiraje de 12.000 ejemplares.
Bogotá, Colombia

Externado
120 años de educación para la libertad